

# MARAÑA

Mariano Medina

Mara se despertó en la noche y llamó a su mamá desde la cama. Mamá no contestó.

Mara llamó a papá. Tampoco tuvo respuesta.

Entonces decidió levantarse.

Cuando tocó el piso con los pies, sintió un poco de frío. Eso le gustó. Estaba sola en la casa. ¡Ah, podría hacer lo que se le ocurriera!

Mara se puso a pensar, muy seriamente. No quería jugar con las muñecas. No quería mirar televisión.

En eso sonó el teléfono. Corrió hasta él, tropezando en la oscuridad con el libro que mamá le había leído al acostarla. Se lo llevó a la oreja. Escuchó.

–¿Hola? –dijo una voz, desde adentro.

–Hola... –susurró Mara, con el corazón a los saltitos.

–¿Está la mamá? –preguntó la voz–. Quiero hablar con ella.

–Yo soy mi mamá –contestó Mara–. ¿Qué querés?

–Vamos, nena, vamos; dame con tu mamá –dijo la voz, notablemente molesta.

–¡Ya vas a ver que yo soy mi mamá! –amenazó Mara, más enojada que la voz –. ¡Quedate ahí si sos mala!

Y se metió por los agujeritos del audio, con ganas de pelear. Qué se pensaba esa voz, tan mandona.

Adentro del teléfono estaba más oscuro.

–¡¿Dónde estás?! –le gritó Mara.

La voz no contestó.

“Si una voz no habla es porque está escondiéndose”, pensó. Y volvió a gritarle:

–¡¡¡Miedosa!!!

///

///

Mara gateó allí dentro. La voz debía estar más adelante. El camino parecía largo, y crecía un zumbido agudo que se le metía por los oídos y los ojos; pero ella estaba decidida a avanzar. Por momentos el zumbido se volvió murmullo de gatos ronroneando. Y de repente creció de tal forma que Mara, por desesperación, pegó trompadas al aire. Seguiría adelante pasara lo que pasara.

El camino hizo curva hacia arriba. Mara se cansó. Había un agujero por el que se metían conectores. Mara arrancó uno, y se acabaron los ronroneos y los zumbidos.

“La mandona debe estar detrás de estos componentes”, pensó. Y los movió de lugar, creando un extraño laberinto.

Entonces se escucharon muchas voces. Algunas parecían salir de bocas más profundas que la noche.

–¿Qué quieren? ¡¡¡¿Qué quieren?!!! –preguntó Mara, tapándose los oídos. Pero las voces hablaban solas o entre ellas. Ninguna era la voz que buscaba; así que arrancó un chip.

Ahora se escucharon ruidos tan extraños, que Mara pensó en una canción de cuna para dormir platos voladores. ¿Sería acaso la voz que buscaba una voz extraterrestre? No, no podía ser. Hablaba su mismo idioma.

Mara arrancó, tiró, desconectó elementos complicando el laberinto, por cuyos vericuetos iban y venían los ecos de las voces y los ruidos. Mucha bulla ocupando todo el espacio. Una pieza dorada. Un elemento oscuro. Unas chapitas frías. Mara las tomó como pudo y tiró otra vez, con todas sus fuerzas. Un nudo de señales se le vino encima y ella rodó y rodó como cayendo, hasta dar con un agujero. Salió despedida de ahí adentro. Dio vueltas en el aire. El golpe fue muy duro. Cayó al piso, junto a una araña muy peluda.

“Debe de ser ella la que habló –pensó Mara–. Tiene los ojos rojos de los que siempre quieren mandar”.

La araña se asustó y huyó.

–¡No huyas, cobarde! –le gritó. Y fue tras ella.

La araña era muy rápida. Ocho patas son mucho más que dos, así que Mara caminó ayudándose con las manos.

///

///

La araña subió por una pared.

Mara pegó pies y manos a la pared, y también subió.

La araña pasó sobre el retrato del abuelo.

Mara se detuvo en la punta de la nariz del retrato y miró fijamente a sus ojos. ¡Los del abuelo verdadero eran mucho más lindos que estos pintados! No quiso detenerse más tiempo. Subió. Subió. Llegó hasta el techo persiguiendo a la araña.

“¡Qué raro se ve todo así!”, pensó, cabeza abajo.

En eso sintió que la puerta se abría.

Eran mamá y papá.

Mara no sabía si avisarles dónde estaba o no. No sabía si era bueno estar ahí arriba. Tuvo miedo de que la retaran.

Mamá fue hasta la cama de Mara, vio que no estaba y le gritó a papá, preocupada.

La araña bajó dejando una tela pegajosa.

Mara hizo lo mismo, y descendió justo sobre la cabeza de papá.

– ¡Ay, sinvergüenza, el susto que nos diste! –le dijeron.

Mamá la acostó, la tapó y comenzó a leerle un cuento para que se durmiera.

Mara vio que la araña estaba quieta a los pies de la cama. Ella también escuchaba el cuento.

En eso se oyó a papá:

– ¡Mara! ¡¡¡¿Qué le pasó al teléfono?!!!

Y el grito asustó a la araña, que saltó dentro del cuento justo cuando mamá cerraba el libro.

---

© Mariano Medina

**Mariano Javier Medina** es un escritor, creador de canciones infantiles y cuentos y periodista. Es miembro del Centro de Difusión e Investigación de Literatura Infantil y Juvenil (CEDILIJ) y de ¡UPA! Músicos en Movimiento. Este cuento fue publicado en un libro editado por Educando Ed., 2006.